

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 604-608.

Juan Luis Segundo S. J. (1925)

Como ya se ha señalado a propósito de Dardo Regules, la línea general del catolicismo uruguayo —son escasísimas las excepciones de valía— ha sido la de asumir el mundo profano, secularizado en que se ha movido. Esto implica, llevado al plano político social, la aceptación y aún la simpatía hacia la tradición liberal-democrática del país, la del repudio a cualquier forma de “integrista” que identifique rígidamente lo religioso con estructuras socio-políticas determinadas y que ayunte uno y otro ingrediente (“lo espiritual” y “lo temporal”) en posturas ofensivo-defensivas tajantes. Nada, entonces, de alianzas del “trono y del altar” o de “la cruz y de la espada”, salvo algún momento penoso y esporádico hacia 1936. Por eso, y si bien se observa, en cuanto todo lo anterior implica una tradición de conducta, nada más ajeno a ella que la percutida asociación de hoy entre “mundo occidental” — “cristianismo” — política de poder de “las naciones libres”, a la que, sin embargo, tantos católicos (no los más calificados, aventúrese) adhieren con calor.

De cualquier modo, unas u otras posturas suponen que existe un mundo (no sólo nominalmente) cristiano a defender y, si ciertos tipos de “defensa” pueden ser peores que el enfrentamiento inerme, la opción por una u otra actitud resulta cuestión de prudencia, de consideraciones tácticas, de circunstancias. Cabe creer, entonces, que la importancia de la labor del sacerdote jesuita Juan Luis Segundo es la de expresar una coyuntura histórica en la que la minoría efectivamente religiosa asume —también— y hasta con cierto deliberado, tónico pesimismo, que “el mundo no es cristiano” y de que si aún, tenue, remanentemente lo fuera, es mejor “partir desde cero” y enfrentar el hecho universal de la secularización naturalista y de la dificultad (sociológica, intelectualmente considerada) de la Fe. A ello se une una conciencia muy aguda y casi angustiada de las dependencias de la Iglesia respecto no sólo al mundo expresamente no cristiano sino al que alegadamente lo es. Esto, en especial, en todo lo que se refiere a las afinidades eclesiástico-sociales que hacen que en tantas zonas de la tierra la Iglesia —lo quieran o desquieran sus dirigentes— sea, crudamente, una “Iglesia de clase”. “**El Triunfo de la Iglesia**” a la manera contrarreformista y española no le resulta, por ello, a esa minoría, muy incitante, pues sabe que la hegemonía aparente de la institución ha solido acompañarse, en muchos períodos de la historia, con los procesos de descristianización social más acentuados. Odio y resentimiento (sobre todo en nuestros días) puede segregar y ha segregado la contradicción, odio y resentimiento desde un cabo contra lo que se ve identificado con los poderes

temporales opresivos; utilización farisaica de sus poderes por el otro, para reforzar un orden social que beneficia y que se siente amenazado.

Es de pensar, a esta altura, que se están forzando demasiado los significados y que el Padre Segundo carga sobre sí más equipaje que el que realmente se sentiría dispuesto a llevar. Pero el movimiento a asumir riesgosamente este mundo secularizado, indiferente u hostil, casi nunca más que insularmente o personalmente cristiano, este movimiento que tuvo su expresión en el imborrable pontificado de Juan XXIII y en el presente Concilio Ecuménico, es el que puede enhebrar el sentido de muchas páginas de Segundo y la obra de un grupo de universitarios, técnicos y estudiosos agrupados, entre otros centros, en los "Equipos del Bien Común", y del que, posiblemente, el demógrafo Juan Pablo Terra sea la figura laica más conocida.

Claro que poco de esto se dice tan transparentemente en las clases y páginas de Segundo y así adquieren en ellas gran importancia las entrelíneas, las insinuaciones, los "understatements". Aun protegido por la sólida textura de una Orden que, como la Compañía de Jesús, aparece históricamente dotada para una extrema flexibilidad ante los cambios sociales, Segundo conoce el suelo que pisa y la situación de una Iglesia nacional en la que buena parte de sus cabezas parece más cercana al Cardenal Spellman y su entusiasta capellanía del Pentágono que a las directivas del Pontificado y a las inspiraciones de los núcleos cristianos más lúcidos.

Muy consciente es Segundo de toda la ambigüedad de la situación. Y en las memorables conferencias de la Facultad de Arquitectura de Montevideo, a principios de 1962, adelantaba la réplica a una aún más radical exposición de la esencia del cristianismo – culto del amor que hace sacral lo profano y no reúne, incluso, las notas clásicas de una "religión" – que una parte de su auditorio pudo haber motejado de ingeniosa, otra de revolucionaria y otra de demagógica. "Esto es lo que nos dicen ahora", era la objeción posible de los reticentes, sosteniendo en seguida la cabal exactitud de la frase y pasando a explicarlo. Porque si el Dogma, para un cristiano y, sobre todo para un católico, es inmutable y suprahistórico, la historicidad en que está inmerso pone, inevitablemente, al descubierto vetas que no habían sido alumbradas, aspectos que no atrajeron hasta entonces la atención, elementos nuevos que, perfeccionando y ahondando un mensaje intemporal, permiten hablar de un "progreso del Dogma", paradójico pero efectivo. El vivo sentido de las latencias de la Fe que campea en la obra teológica de Karl Rahner ha sido fundamental en esta dirección pero también lo ha sido la distinción posible entre aquellos mismos "dogmas" y el lenguaje, históricamente contingente, de la escolástica aristotélico-tomista en que han corrido conceptualizados.

En lo intelectual, el Padre Segundo parece nutrido fundamentalmente en la corriente espiritual que, con posterioridad a la segunda postguerra, tuvo su centro en Francia y que conoció, con el episodio de los "sacerdotes obreros", un

contraste dramático — digno de los conflictos de Port Royal — en un movimiento de ideas mucho más hondo que el episodio mismo y en el que la Orden Dominicana, algunos laicos: Mauriac, Gilson, tuvieron papel importantísimo.

En 1948, en la serie “Filosofía de nuestro Tiempo” dirigida por el Padre Ismael Quiles, un pequeño librito de un jesuita uruguayo formado en el Seminario de San Miguel se sumó a estudios sobre el existencialismo cristiano y ateo breves pero solventes. Se trataba de “Existencialismo: filosofía y poesía”, del Padre Juan Luis Segundo y revelaba no sólo una excelente y actualizada nutrición filosófica sino también una experiencia estética de calidad más que inusual en el clero de lengua española. Recién en 1960, en el n° 1 de la revista POLÍTICA (la briosa y asfixiada empresa de Eduardo Payssé González), el autor de esta noticia pudo leer un nuevo texto de Segundo: “Pequeño psicoanálisis político del católico uruguayo”, un buido análisis de las relaciones entre “desarraigo” y “descristianización”, lleno de divertidas insinuaciones sobre temas más concretos. Fue entonces que recién supo algo de este uruguayo que ha pasado buena parte de los años de su educación sacerdotal entre Argentina, Chile y Europa, que ha trabajado intensamente en investigaciones sociológicas y demográficas para los institutos técnicos interamericanos, que forma parte del equipo de redactores de la revista MENSAJE, de Chile a cuyo divulgado número 115: “La Revolución en América Latina”, contribuyó con un “Diagnóstico político” del continente, que tenía por entonces terminada una nutrida tesis doctoral para la Sorbona sobre Nicolás Berdiaeff que en estos días acaba de aparecer (“Berdiaeff: une réflexion chrétienne sur la personne”, París, Aubier, 1963). Ha dictado también clases y conferencias en seminarios y universidades y ensayado aquí, en Montevideo, y por dos años, unos **Cursos de Complementación cristiana** de elevado nivel. Recogiendo el material de dos de esas series apareció en 1962 su “Función de la Iglesia en la realidad rioplatense”, de la que se extrae la página que va a continuación.

En el lenguaje, así, vivo, casi coloquial de lo hablado (es fácil verlo en la puntuación y ciertos rasgos de sintaxis), Segundo aborda, en la perspectiva más radical del realismo sociológico, las condiciones de la acción católica en el Río de la Plata. Su ya mencionada descreencia en “países católicos”, en las invocaciones escandalizadas a tal calidad, en la virtud de una religión meramente oficial (que reza sobre todo para la Argentina); la tendencia a poner el registrador de la marcha en cero; el total descarte de “argumentos de autoridad”; el gusto y la necesidad de diálogo, trascendiendo todo parroquialismo, con actitudes opuestas; el empleo de textos marxistas, para un contacto o una disidencia sin pudibundeces; el apartamiento de todo énfasis apologético; la confianza en la posible eficacia persuasiva de una exposición desgarrada, sincera, impecablemente autocrítica; la pendiente hacia la rigurosa problematización de todo lo discutible; el ya mencionado “understatement” son rasgos de la expresión ensayística de Juan Luis Segundo que, aun en la

brevedad del trozo seleccionado, se podrán mayoritariamente apreciar, junto, claro está, al interés capital del tema tratado.